

ya despierta, ha dirigido los esfuerzos de la inteligencia. No basta una vista penetrante para reconocer tantas coloraciones como podría hacerlo un aprovisionador de los Gobelinos, ni para apreciar las gamas cromáticas que un pintor sorprende á primera vista, ó sin esfuerzo. El oído no ejercitado no pasa de ser un mediocre instrumento al lado de un músico que, en el amplio volumen de sonos que esparce una poderosa orquesta, descubre el semitono incorrecto que un ejecutante ha dejado escapar. Entre lo que nosotros llamamos silencio del bosque, un leñador, el guarda de coto, notan ruidos significativos que escapan á los habitantes de la ciudad. Si ellos confunden lo castaño con lo azul, la falta no es debida al órgano visual de los inoítas, sino á su diferencia; ellos llegarían á distinguirla, con seguridad, si durante una ó dos generaciones sintiesen por ello algún interés.

He ahí lo que teníamos que decir sobre los esquimales del Norte, tomando como punto de partida el poblado de Ita. Ninguna población tiene más derecho á estudios pacientes y concienzudos. No cuenta, es verdad, más que con un centenar de habitantes, no llena más que media docena de chozas y cabañas, pero su aldea está literalmente al cabo de la tierra, y sus habitantes, centinelas perdidos en las nieves y los hielos eternos, son á la vez los últimos del mundo y los más primitivos de los hombres.

## LOS INOÍTAS OCCIDENTALES

### Especialmente los aleutas

A la península de Alaska sucede, desde el grado 51 al 60 de latitud Norte, el Archipiélago Aleuta ó Kuril, que Bering descubrió en 1741. De aquí, si hay que creer á Eugenio Sué, salió el Judío Errante para correr las aventuras que apasionaron á una generación literaria. El grupo se compone de unas sesenta islas y escollos, parecidas á otras tantas piedras que Ahasverus, el gran viajero, arrojó para vadear el mar Kamtschandale y pasar de Asia á América. Ounimak, la más considerable, ocupa una extensión de cinco ó seis mil kilómetros cuadrados, la quinta parte de la extensión total del archipiélago. Áridas rocas, de difícil abordaje, le dan un aspecto sombrío y desolado. Los paisajes del interior son apenas menos severos: en sus aguas oscuras, estanques y turbas, se reflejan poderosas rocas graníticas; un suelo lleno de torrenteras, cubierto de lavas en vastos amontonamientos, habla de cataclismos geológicos y violentas conmociones. Por

esas latitudes pasa la línea de los grandes volcanes boreales. En las cumbres, cubiertas de eternas nieves, algunos cráteres humean sin interrupción, otros se activan á intervalos. Vestigios de erupciones se encuentran á cada paso; por todas partes hállanse rocas ennegrecidas por el fuego. Toda la parte continental del distrito de Ounalaska está atravesada por una cadena de montes elevados, por entre los cuales se encuentran nueve cráteres apagados. Los fuegos subterráneos han revuelto la isla Ounimak, donde el Chichaldin, alto de unos 3.000 metros, arroja aún llamas á intervalos. En Diciembre de 1830, en medio de relámpagos y estruendosos truenos, se cubrió de espesa bruma, y cuando se disipó la obscuridad, el monte había cambiado de forma. Ello no obstante, los efectos volcánicos han perdido su intensidad desde el tiempo en que se combatían los montes:

«Un día, los montes de Ounimak y de Ounalaska lucharon por la preeminencia, y se arrojaron furiosos piedras y llamas. Los volcanes pequeños, no pudiendo resistir á los grandes, saltaron en estallidos y se apagaron. Y no quedaron más que dos picos, el Makouchin de Ounalaska y el Retchesnoí de Ounimak. El fuego, las piedras y cenizas exterminaron á todos los seres vivos, tanto el aire era sofocante. El Retchesnoí sucumbió; y cuando vió su derrota, juntó todas las fuerzas que le quedaban, se hinchó, hizo explosión y se apagó. El Makouchin, victorioso, se aplanó, y ahora no arroja más que una pequeña humareda de cuando en cuando.» (Veusianunof.)

El clima, de carácter marítimo, no es caliente ni frío en extremo, pero tan húmedo, que es una calamidad. El termómetro que Wiljaminof observaba en Ounalaska, oscilaba entre 38 grados, y la temperatura media no era más que de +4°. La temporada verdaderamente hermosa, no dura más que unas diez semanas, de mediados de Julio á últimos de Septiembre. En Octubre nieva ya, y esta nieve no se fundirá hasta Mayo. En las islas meridionales, las mayores lluvias caen durante la primavera; Sitka se tiene por uno de los parajes más mojados del globo. Durante el otoño la niebla es continua.

En verano reverdecen hierbas y plantas pequeñas, pero el sol no llega á hacer crecer árboles, salvo en las islas próximas á la tierra firme, donde abundan los álamos blancos y los abedules, y también los cipreses, pinos y abetos. Los cereales que se quisieron introducir no llegaron á madurar. Las coles, las patatas y diversas legumbres, remuneran los cuidados de los colonos extranjeros, pero los indígenas han despreciado siempre el cultivo de la tierra; no tienen gusto alguno por el trabajo. Existen algunas flores, pero desprovistas de perfume; las bayas no faltan, pero acuosas é insípidas. Las gallinas, importadas, han tenido que acostumbrarse á alimentarse de pescados; tal vez por eso sus huevos huelen á podridos y parecen haber sido envueltos en aceite de hígado de bacalao.

Algunas hulleras dan tal combustible que, hasta ahora, no ha podido sacárseles partido. Los aleutas de

la antigua generación se calentaban en cuclillas alrededor de un fuego de hierbas.

El sorprendente parecido de los aleutas con los yakouts y los kamtschadales, ha sido causa de que se les atribuyera origen mongol. Dall, que los ha estudiado larga y cuidadosamente, afirma, con la autoridad de las tradiciones locales de los inoitas, perseguidos de América por las incursiones de los indios, hace más de tres siglos, que emigraron á la extremidad Noroeste de Asia. Ellos mismos se dicen provenir de un gran país situado al Oeste, que ellos llaman Aliakhikhae ó Tanduc Angouana, desde donde se habrían adelantado hasta Ounimak y Ounalaska (Venjaminof). Lo cierto es que están estrechamente emparentados con las tribus ribereñas de la costa americana, Ahtes y otras, hasta la isla Reina Carlota. Es cierto que de próximo en próximo, todos esos incivilizados tienen un estrecho parecido unos con otros. El tipo de los aleutas revela manifiestamente al tipo esquimal, por más que Riuk les crea ya maculados con elementos extranjeros. Cabello recto y negro, plano y abundante, ligeramente bronceados. Cortos y desgarrados, admirablemente robustos, llevan, sin fatiga aparente, pesados cargamentos durante días enteros; sesenta libras sobre la espalda y cincuenta kilómetros de marcha no les molesta lo más mínimo. Su vista es extrañamente penetrante. Los rasgos de su fisionomía, muy pronunciados, llevan impre-

sas la inteligencia y la reflexión. Las mujeres son menos hurañas que los hombres, y algunas hasta podrían pasar por hermosas, de no ser por los odiosos tatuajes. Dall considera á los aleutas muy superiores á los indios de las inmediaciones, física é intelectualmente. La cabeza es cúbica en éstos, piramidal en aquéllos. Pero por la influencia de las prolongadas escaseces de subsistencias y los malos tratos infligidos por los rusos, la raza ha perdido su antigua solidez; sus organismos decaídos resisten mal al reumatismo y enfermedades del pecho. Las formas son robustas, decimos, pero desprovistas de elegancia; de remar quince ó veinte horas seguidas, las piernas se deforman, el cuerpo se modela sobre la sempiterna barca. Son verdaderos lobos marinos; sus movimientos, pesados y lentos, sus actitudes de apariencia torpe, sus andares indecisos, pero muy hábiles y activos, no obstante. Demuestran una sorprendente destreza para guiar, en medio del más grueso oleaje, sus pequeñas embarcaciones, uniaks y kayaks, de las que se hace uso hasta en California, y sus peligrosas baidarkas, cuyo modelo han introducido los rusos en Europa. Wiljaminof, comparándolos á jinetes cuyas piernas se arquean constantemente, los llamaba: «Cosacos del mar, montadores perpetuos de caballos marinos.» Para que uno de estos hombres se muestre en todo su valer, hay que verle maniobrando con su batel de cuero que él mismo se ha fabricado, y blandiendo su arpón en medio de las ondas agitadas. Desde su más tierna infancia se ha familiarizado con el elemento líquido. El beduino arrastra á su recién nacido por la

arena y lo expone al más ardiente sol para acostúmbrale al calor; el aleuta, si tiene el capricho de exhalar un vagido ó un grito, es sumergido instantáneamente en el agua, aunque haya necesidad de romper el hielo. Con tal régimen sólo prosperan los niños robustos, discretos y fuertes, los débiles no tardan en desaparecer.

Los aleutas se dividen en dos grupos idénticos en su porte, en sus costumbres y carácter, pero algo diferentes por su dialecto: las tribus que habitan Atcha, Ounaslaska, las Tierras de las ratas y las de los zorros y otras al Sur de la península, de una parte; y de otra los koniagas, los kadiaks y gentes del alrededor. Y en el Continente, los kolutches de Sintka, los kenés, tcher-guetches, medatrenes y malequintes, se parecen mucho á unos y á otros. A todos ellos la civilización rusa infligió un tremendo golpe; la civilización americana concluirá con ellos completamente (Erman).

Alrededor de las islas rica vegetación marina alimenta una fauna variada; las aguas corrientes abundan en peces, sobre todo en truchas. Los aleutas viven de la caza y la pesca. En las luchas por la existencia tienen por rivales al oso y al lobo, á los que hacen una guerra encarnizada; no dejan en paz las fuinas, martas, ardillas, castores, nutrias, zorros y narvales. Mientras las aguas están libres, siempre encuentran caza, abundante ó escasa, pero cuando se hielan, el recurso único es alimentarse de raíces en las llanuras y solanas. La más

larga temporada para ellos es la de la «corta ración», de Febrero á Abril, después los grandes festines de Noviembre á Enero.

Ninguna caza les apasiona tanto como la de la ballena. Ellos arponean al enorme cetáceo, lo matan y devoran, pero lo reverencian. Hacen como que creen que, empujado por la suerte, medio triste y resignado, el animal obedece á los encantamientos, y hasta pone cierta buena voluntad en dejarse coger. Al llegar la temporada una cincuentena de hombres y mujeres se adornan con su mejor ajuar y se embarcan para saludar en plena mar la banda que se ha significado en el horizonte, para cumplimentarla y festejarla. Porque el «Rey de los Océanos gusta de las buenas formas de urbanidad, y para detenerlo en sus dominios es preciso demostrarle que se trata de gentes que saben conducirse bien. El ballenato se enamora de la moral y la virtud; quiere que le respeten la decencia y las buenas costumbres, y evita los parajes amenazados por hordas cobardes y disolutas, no admite que los balleneros, que le siguen de cerca, se entrometan con sus hembras durante la temporada de caza; hasta las condenaría á un castigo terrible si sus esposas le traicionaran en su ausencia; las haría perecer en muerte cruel si sus hermanas faltaran á la castidad antes del casamiento (Venjaminof). Pero que un golpe de mar arroje sobre la playa una ballena y la recibirán con honores divinos, no sabiendo cómo agradecerle su complacencia, congratulándose de haber tenido la bendita dicha de comer su carne sagrada. Se aproximan á ella al son del tambor, arengan

la divinidad, la adulan y colman de cumplidos, ejecutan en su honor danzas solemnes: los profanos con sus mejores atavíos, y los balleneros y hechiceras completamente desnudos, salvo la cara, que llevan tapada como en las grandes ceremonias. Es un espectáculo la recepción hecha á la Soberana de las Aguas por los animales terrestres (Dall). Después de esas pruebas de respeto y esos preliminares de conveniencia, el tambor zumba por última vez; hombres, mujeres, niños y perros se arrojan sobre el enorme montón de carne, le atacan con dientes y cuchillos, se *atracan* á pedir de boca; — ¡un trozo de sesenta mil kilos! — pinchan, agujerean, horadan, cavan, desaparecen en el interior; se abren paso al través del enorme armazón. Jamás Pantagruel ni Tragaldabas asistieron á tan gran festín. Eso es la glotonería heroica. Antes de poco tiempo, antes que la carne se haya reblandecido ó descompuesto, no habrán dejado más que los huesos, es decir, dejar no, puesto que habiéndolos despojado perfectamente, se los llevan, pieza por pieza, para hacer herramientas é instrumentos diferentes, para servirse como hierro ó como madera. De la grasa y el aceite sacan su partido, de la piel, de las barbas y la papada; finalmente, «del monte de abundancia» no se habrá perdido ni pizca.

La alimentación de sus antecesores era menos variada, pues los *kjok ken moenddings*, ó restos culinarios amontonados en la playa, no han presentado á Dall más que cáscaras de huevos y moluscos. No habiendo encontrado en esos amontonamientos fragmentos de lanzas, flechas y arpón, el investigador ha deducido la conclusión

de que los aborígenes ignoraban hasta las artes más rudimentarias; autorizándose por el hecho de que ningún objeto con huellas ígneas, había sido visto por sus ojos, negó el uso del fuego á esos buscadores de huevos, á esos comedores de almejas y de erizos. La aserción debe tenerse en cuenta, pero no parece probada; las consecuencias podrían ser superiores á las premisas. En todo estado de causa, ya sea reciente ó lejana la época en la que los habitantes del archipiélago Catalina aprendieron á conocer el fuego — hoy lo obtienen por medio de un arquito, — es lo cierto que no hacen, como sus congéneres los inoítas, sino un uso muy secundario de los alimentos condimentados, prefiriendo á la modificación del calor la que produce el frío en sus provisiones alimenticias. Comen crudo, comen helado, comen podrido y comen mucho; no gustan de ninguna bebida como no sea el aceite de foca ó de ballena. Con la invasión de los peleteros y tratantes, la cocción de las carnes se ha introducido y propagado, pero los ancianos de Onimak reprochan la decadencia de las santas tradiciones, protestan contra una funesta innovación á la que ellos atribuyen la debilidad y decadencia de las nuevas generaciones y las epidemias que les diezman. Pero en cambio, aceptaron con entusiasmo la introducción de licores fuertes, el primer presente que la civilización hace á los bárbaros. En cuanto al tabaco, todos le declararon y le conservan una pasión desordenada: por unos cuantos filamentos de la hierba mágica, cuyo humo absorben para no perder

nada, hombres y mujeres lo dan todo: su alimento y hasta su libertad.

La habitación tiene la importancia de un órgano fisiológico entre los esquimales, que tienen que defenderse contra un clima mortífero. Nosotros cambiamos de vestidos según la temporada; ellos tienen la habitación de invierno y la de verano. La más pequeña, la menos cuidada, es la residencia veraniega, la *barabore*, instalada lo más frecuente en las inmediaciones de un río con abundante pesca; á veces esta habitación puede consistir sólo en una cubierta de brozas de corrizo, en una barca vuelta del revés. El tipo general es una tienda cónica ó piramidal, apoyada sobre un bajo murellón de tierra ó piedras. Los aleutas practican un pozo bastante profundo, fijan en sus paredes perchas que se juntan en vértice por sus extremos, las entrelazan y las cubren con una espesa capa de tierra, la cual no tarda en cubrirse de musgo, sirviendo la hierba de manto. Una casa se confunde con la verdura circundante, el villorrio produce de lejos el efecto de las tumbas de un cementerio. Muchas no tienen otra abertura que un agujero practicado en el techo: chimenea, puerta y ventana, todo junto. Se entra en la casa por el tejado, se baja por un resalvo en el que se han practicado muesgos. Donde la hierba es rara, donde se carece de madera, se construye la habitación de invierno con nieve y hielo, sostenida por un almacén de costillas de ballena; la en-

trada es un corredor subterráneo bastante estrecho, en el cual el aire alcanza la temperatura intermedia de la de dentro y la de fuera; una piel de oso sirve de mampara. Los gases viciados se escapan, al menos en parte, por una abertura abrigada con intestinos de foca, limpios, engrasados, fuertemente cosidos, transparentes como el cristal sin pulir. Por el circuito interior, poyos estrechos y bajos sirven de cama. Mobiliario: una ó dos lámparas, dos ó tres calderos, algunos platos, cuya limpieza es debida á la lengua de los perros. Estas cabañas son calientes á condición que los habitantes estén amontonados unos encima de otros; hay algunas anchas de siete á diez metros y largas de treinta, á veces hasta de cien metros, pero en este caso sirven de refugio á toda una tribu, y hasta á varios centenares de personas. Esos grandes pozos, conocidos con distintos nombres, y más particularmente con el de *Kachins*, son casas comunes, frecuentes entre los hiperbóreos, y que se encuentran un poco por todas partes. Nosotros las tomamos por falansterios primitivos, más ó menos análogos á las colmenas y avisperos, al refugio de los castores, á los hormigueros, termiteros y «repúblicas» de pájaros. Los políperos humanos tienen semejanzas con las colonias animales; por todas partes se ven las bandas salvajes hacer excavaciones como familias de ratas; aglomerarse en un agujero, como murciélagos; balancearse sobre los mismos árboles, como cuervos y cornejas.

A la gran cuestión que en etnología se plantea á cada instante: «¿El individuo es anterior á la sociedad, ó la

sociedad es anterior al individuo?» la contestación parecía, no ha mucho, cosa fácil, y se repetía corrientemente la lección oficial: El primer individuo se descompuso en macho y hembra, y de la primera pareja, creada soberbia y vigorosa, inteligente y hermosa, nació la primera familia, la cual se amplió en tribu, luego en pueblos y naciones. La doctrina se imponía por su aparente simplicidad; parecía inspirada por el buen sentido. Pero ayudados por la Geología y la Paleontología, se observó que debía relegarse al valor de cuentos de hadas le teoría de un hombre saliendo de en medio del mundo, de un Robinsón abordando á su isla desierta. Fuera de sus semejantes, el hombre es hombre, al igual que la hormiga es hormiga fuera de su hormiguero; igual que la abeja continúa siendo abeja hasta después de abandonada su colmena. Lo que viene á ser un hombre aislado se ve bien en las prisiones celulares, inventadas por nuestros filántropos: un idiota. Así, pues, hasta convencernos de lo contrario, empezamos por creer que nuestros remotos antecesores *debutaron* por la vida colectiva, que ellos dependieron de un ambiente tanto ó más que nosotros. Contrariamente á la idea de que el individuo es padre de la sociedad, nosotros suponemos que la sociedad ha sido madre del individuo. La residencia común nos parece haber sido el apoyo material de la vida colectiva y el gran medio de las primeras civilizaciones. Común era la habitación, y comunes las mujeres y los niños; los hombres cazaban la misma presa y la devoraban juntos al igual de los lobos; todos sentían, pensaban y obraban en concierto. Nos in-

clinamos á creer que, en el origen, el colectivismo lo era todo, el individualismo muy poco.

No abordaremos el asunto sin mencionar una cuestión importante que á él se une: entre los hiperbóreos, como entre algunos primitivos, como los tártaros y la mayor parte de los negros, la construcción de residencia es, en principio, cuestión de las mujeres, que hacen todas las tareas, desde los cimientos hasta el tejado; los maridos no intervienen sino para llevar los materiales al pie de la obra. El hecho ha sido con frecuencia señalado, como probando la indolencia insigne de esos machos incultos, que dejan los más rudos trabajos para sus compañeras más débiles. Nosotros preferimos ver en ello la confirmación de la hipótesis según la cual la mujer fué el primer arquitecto. A la mujer, según nuestra opinión, la especie le debe todo lo que nos hace hombres. Cargada y recargada de niños y bagajes, debió establecer una cubierta permanente para abrigar su pequeña familia: el nido para su covada fué un hoyo tapizado de musgo; al lado, levantó un palo con anchas hojas formando estantes; y cuando imaginó plantar tres ó cuatro de estas perchas convergiendo por arriba, la huta fué inventada, la huta, el primer «interior». Allí depositó el hachón que ella jamás abandonaba, y la cabaña se alumbró, se calentó, el hogar quedó abrigado. ¿No se ha dicho Prometeo «Padre de los hombres», para hacer entender que la humanidad empieza con el empleo del fuego? Sea, pues, cual fuere el origen del fuego, la mujer fué siempre la guardiana y conservadora de ese manantial de

vida. He aquí que un día, al lado de una cierva que el hombre había matado, la mujer vió un cervatillo que la miraba con ojos suplicantes. Sintió piedad de él y lo llevó á su pecho... ¡Cuántas veces se ve á nuestras salvajes hacer otro tanto! El pequeño animal se sintió atraído por la mujer y la siguió á todas partes. Así es como ella crió y domesticó á los animales, viniendo á ser madre de los pueblos pastores. No es eso todo: al lado del marido empeñado en la caza mayor, ella se ocupaba de la menor, recogía huevos, insectos, granos y raíces. De esos granos hizo provisión en su cabaña; algunos, que había dejado caer, germinaron luego, crecieron y maduraron. Ella, que lo vió, sembró otros, y vino á ser también madre de los pueblos agricultores. En efecto, entre todos los no civilizados, la mujer es la encargada de las faenas agrícolas. No obstante la doctrina que es ley actualmente, nosotros creemos á la mujer creadora de la civilización y sus elementos primordiales. Sin duda que la mujer, en sus comienzos, no fué más que una hembra humana, pero esta hembra nutría, criaba y protegía á más débiles que ella misma, mientras que el macho, salvaje terrible, no sabía sino perseguir y matar; degollaba por necesidad y no sin satisfacción: él, bestia feroz y por instinto; ella, madre por función.

En la época de las grandes pescas y cacerías, los aleutas mandaban fuera á sus mujeres con frecuencia,

prohibiéndoles franquear el umbral del gran kachim. No porque estuviese prohibido pasar la noche junto á su cónyuge, sino porque esto debía de ser á hurtadillas, y era preciso estar de regreso una ó dos horas antes del zafarrancho del camanin, el cual, vestido con sus ropas de ceremonia, tocaba el tambor, cumplimentaba las armas y las personas (1). Este pequeño informe nos hace comprender bastante bien cómo las casas comunes se desagregaron bajo la influencia de las familias particulares, aun cuando no hubiesen sido disueltas por los extranjeros, diciéndose portadores de una civilización superior, es decir, del aguardiente péximo y de las armas perfeccionadas. En esas residencias, que todavía subsisten, la parte central es libre y pertenece á todos; los lados están divididos en estancias por una cuerda, que marca las familias, el lugar de cada una; diríase una cuadra con doble hilera de caballerías; cada familia dispone de un espacio que nos parecería apenas insuficiente para un caballo: en el mismo lugar que ocuparía uno de nuestros muebles, padre, madre é hijos se amontonan alrededor de la lámpara. Toda familia posee barca en el mar y lámpara en el kachim. Para economizar terrenos, duermen, bien sea en un agujero practicado en la pared, guarnecido de pelusa, ó bien en cuclillas, sentados sobre los talones con la barbilla apoyada en las rodillas, en la misma actitud que muchos primitivos dan á los cadáveres. Dall, que ha pasado por el tamiz «residuos

(1) Baucroft, *Native Races of America*.